

# Superficie y espacio

Hace unos meses sirvió para la presentación de las piezas que se obtuvieron del congreso de escultura organizado por Jorge Elizondo; hoy día, y desde el pasado 28 de agosto, el llamado Patio de las Esculturas del Marco sirve de escenario para la presentación de 14 nuevos trabajos de Miriam Medrez, producto de su compromiso con el Fonca.

*La estructura de la piel* es el nombre que ha recibido este conjunto, que, entre otras cosas, presenta la novedad de sus dimensiones, pues de la escultura doméstica e íntima a la que nos ha acostumbrado el trabajo de esta artista, en esta ocasión salta al gran formato, a la escultura si no monumental, sí de exterior, en donde la altura de dos metros y medio o más, es uno de los retos que se tuvo que sortear en la producción de piezas cerámicas tan grandes.

En consecuencia, hay un trabajo casi ingenieril que habría que destacar, como también un saber y experimentar con los materiales que permite asumir esta clase de riesgos armados de un conocimiento que sólo es posible obtener gracias a la madurez alcanzada. Es esta madurez la responsable por la serenidad de las piezas, de su reposada presencia, de la seguridad de su propuesta.

El ser resultado de la madurez permite hablar de estas piezas no como si fueran ellas mismas, sino de todo lo otro que también son, es decir, cada una de ellas tiene un poco del *Kolossos* original, inicio de la mimesis, del menhir prehistórico y el trauma de la muerte, del obelisco triunfante, de la columna antropomorfizada en Atlante y Cariátide, pero también de los rollos medievales dispuestos en los cruces de caminos y a la entrada de los pueblos; como igualmente comparten créditos con las meditaciones modernistas de Mathías Goeritz, Barragán o Ricardo Regazzoni, y son tan contemporáneas como ellas mismas, como ninguna otra pieza de tales características se haya producido hasta el momento.

La insistencia en lo orgánico, en la naturaleza, es, por su parte, el límite lógico de esta producción; lejos se encuentran estas esculturas de Medrez, por tanto, de la verdadera abstracción. Hay más de femenino en estas piezas que de ideas o conceptos, como también de masculino y de desierto, pero igualmente de fertilidad, de multiplicación, de crecimiento, de semilla, de hueso y de hueco,

como de lleno y basto, de rebasado y vacío, de humano pero también de artificial, de voluntad de crear, de inscribirse en el orden natural de las cosas, como si se tratara de un demiurgo.

De entre todas las piezas que aquí se presentan y que sin duda son un excelente ejemplo de lo que la escultura en México es en este momento, destaco una que me parece es la que más tiene que ver con ese deseo de formar al mundo. Se trata de la pieza *Sin título* de la serie Estructuras, Vértebras, Espirales (2008), que va el suelo, esto es, la única que no se levanta de la horizontal del piso más allá de los 40 o 60 centímetros, de su espesor; son 29 piezas aproximadamente que se acomodan entre sí como si fueran vainas o semillas, sólo las perforaciones que llevan sobre su piel permite diferenciarlas del resto de las piedras que se encuentran en el patio.

No creo que exista mejor muestra de la voluntad de un escultor por crear formas en el espacio que haciéndolo desde la superficie literal del plano, no sobre el plano o con el plano, sino desde su superficie, esto es, levantándolo, haciéndolo perder su planitud para convertirlo en otra cosa, una cosa espacial. Si la pintura intentó e intenta hacer de la superficie pictórica el plano sobre el cual representar la espacialidad de las cosas, esta pieza de Medrez se inscribe en el mismo intento, o sea, tratar de hacer del plano real, de su punto digamos más horizontal, su superficie, el arranque de un volumen, de una masa, de un cuerpo que se medirá en tres ejes por lo menos. Eso es voluntad de crear, eso es originalidad.

Nadie puede estar más satisfecho que Miriam Medrez de esta exposición; después de todo, es una confirmación más de que todo lo hecho, lo sacrificado y ganado, ha valido, segundo a segundo, pieza por pieza, la pena... y eso sin contar lo que aún falta por realizar.

Xavier Moysen  
Universidad de Monterrey.  
2009.

*Publicado originalmente en Milenio.*